

La periódica inundación turística de nuestras costas hace constantemente actual la vigencia, la apremiante urgencia, de unos problemas que, desde tiempo, tiene planteados nuestro litoral. La mayoría de estos problemas tienen, tanto en su planteamiento como en sus soluciones, una tal cantidad de vinculaciones con la arquitectura y el urbanismo que creemos que el marco de esta publicación es singularmente apto para exponerlos. Esta aptitud, que le llega a través de la índole específica y del campo de actuación de la profesión a la que sirve, trae consigo por otra parte una cierta responsabilidad: la que contraen los técnicos y sus publicaciones con la sociedad en la que viven y que en este caso nos alcanza plenamente. Nos referimos naturalmente a la obligación moral que tenemos de informar y exponer, sería y objetivamente, para luego sugerir y razonar aquellas medidas, que, a nuestro juicio, puedan poner fin a unos determinados defectos, anomalías e irregularidades. Ello supone indudablemente el ejercicio de la crítica, que lejos de rehuirla, consideramos que nos atañe y que debemos imponérsela conscientes de que con ello no sólo realizamos un servicio, sino también ayudamos a recorrer el difícil camino del mejoramiento.

Avanzamos, para salir al paso de posibles pusilánimes que no creen en el valor del diálogo sincero, que no ignoramos los esfuerzos que se han llevado a cabo para acondicionar la infraestructura urbanística y los servicios, proporcionándolos a una creciente escala. Pero la inesperada, por desorbitada, afluencia turística ha dejado una gran cantidad de loables intentos en casi inservibles realizaciones. De aquí que aconsejemos verlo todo de nuevo, abarcándolo en su conjunto. Se trata de considerar todo lo hecho como dato de una nueva situación, sin contar con la perspectiva que le comunica la fecha de su realización; y ello para afrontar el problema de modo que su solución nos conduzca al planeamiento total ordenado al mayor aprovechamiento posible aunque condicionado a tres factores que no admiten variación: longitud de litoral, defensa del paisaje y posibilidades de aportación de personal dedicado a la industria turística para que no se resienta el equilibrio de la estructura regional.

La introducción gráfica que acompaña estas líneas editoriales la consideramos como un imprescindible prólogo, como un necesario esfuerzo previo de objetividad para el exacto planteamiento de los problemas de nuestra costa. Al efectuar la selección de las fotografías, no se ha pretendido presentar hechos excepcionales o anecdóticos, sino ejemplos típicos, hechos y situaciones comunes, índice del problema general. No se ha pretendido tampoco que las fotografías representen una visión parcial, una interpretación de la realidad, porque, si el ángulo, la intención de las imágenes, son inevitablemente subjetivos, a menudo sólo la

imagen que detiene ambientes, recorta perfiles, ciñe perspectivas, permite un análisis objetivo.

La primera evidencia, que nos aportan estas fotografías, es el desorden del crecimiento en extensión y volumen de los pueblos afectados. Una carencia de unidad de criterio — o simplemente de criterio — informa la costa que se extiende desde el cabo de Creus hasta Tarragona. Una arquitectura anónima, deplorable a veces, yuxtapone grandes edificios de varias plantas a insignificantes villas, el más trepidante snack-bar a intempestivas imitaciones de construcciones coloniales; y erige junto a los restos de nuestra arquitectura popular los más amorfos complejos turísticos.

La irrupción del fenómeno turístico ha roto la estructura de nuestros pueblos pescadores, ha dilatado sus horizontes, antes cerrados, ha alterado profundamente el carácter sociológico de su unidad. La avalancha turística ha supuesto una radical transformación de la economía de nuestros pueblos, basada en el cultivo de la tierra, la explotación del mar y en la pequeña industria. El turismo ha creado necesidades nuevas y aumentado todas las escalas; por su carácter súbito, inesperado, lo ha hecho aprovechando las aglomeraciones, las estructuras de los pueblos ya existentes, pero sin fundirse orgánicamente con ellas. En multitud de casos, a la historia hecha piedra de la que tan pródiga es nuestro país, se le ha sacado poco provecho, minimizándola y anulándola, a veces directamente, a veces a través de descuidar los problemas que crean la subordinación que le debe su entorno. Muchísimos monumentos históricos han quedado ocultos, despersonalizados y hasta comprometidos involuntariamente en el caos. Las exigencias del turismo se han infiltrado en los cascos urbanos, han cambiado su estructura, pero no han dado lugar a la eclosión de una nueva forma o unidad sociológica o urbanística. Las funciones han variado y el esfuerzo de adaptación de las estructuras de los pueblos, ha borrado por una parte, su antiguo carácter y, por otra, ha resultado insuficiente e inadecuado por partir de realidades que respondían a necesidades y escala distintas.

Tras la explosión demográfico-turística de los pueblos, llegó la hora de las urbanizaciones, de las construcciones aisladas entre pueblo y pueblo. En ellas, la atonía del diseño oculta y destruye el paisaje. La extensa gama de matices de color y forma, que es uno de los principales atractivos de nuestra costa, desaparece bajo una uniformidad monótona e inexpressiva. La escala de la tierra queda rota. Un conjunto de objetivos y soluciones diversos provocan una, a veces escandalosa, desproporción entre arquitectura y paisaje. Soluciones de facilidad aplican la misma tipología a las calas cerradas y a las playas abiertas, a los terrenos llanos y las pendientes más pronunciadas; y las mismas versiones de diseño — forma y color — a los más diversos marcos topográficos y cromáticos. La excusa de posibles deficiencias estructurales o administrativas no dispensan al arquitecto,

al urbanista, de sus responsabilidades propias en este terreno.

La despersonalización de nuestros pueblos y el carácter anodino de nuestra arquitectura turística son, a más o menos corto plazo, una amenaza para la economía regional. Al turista le interesan, sí, el sol y el mar; pero también el paisaje natural y arquitectónico. Le interesan, sí, las buenas carreteras y el exacto funcionamiento de los servicios, pero también el ambiente inconfundible, cálido, a nivel humano, de cada tierra, de sus casas y de sus hombres. Sol y mar los tienen también Italia, Yugoslavia, Grecia y los países del Norte de África; y un funcionamiento impecable está al alcance de cualquier zona turística bien organizada. Suponiendo una igualdad de nivel de vida — peligrosamente amenazada —, el único argumento que puede seguir encauzando hacia Cataluña y Baleares las corrientes del turismo son la genuinidad, el carácter peculiar y propio de nuestros pueblos y paisajes.

Bajo esta arquitectura desolada, un urbanismo inexistente y atomizado provoca una desigual sucesión de pueblos, urbanizaciones, complejos turísticos... La standardización de las soluciones despersonaliza las diversas agrupaciones. Una total falta de coordinación conduce, en el mejor de los casos, a la constitución de grupos, polígonos o urbanizaciones pretendidamente autosuficientes y cerrados. Al faltar una coherente y proporcionada provisión de servicios, se llega: o a una multiplicación innecesaria de los mismos, o a una desproporción total con las necesidades reales, en zonas determinadas. Cada unidad se convierte en un grupo aislado, inconexo; se rompe toda continuidad, se hace imposible toda fluidez. Ninguno de los grupos tiene nada que ofrecer a los demás: ningún especial centro de interés, ningún atractivo distinto. Copias unos de otros, estos grupos no se vinculan entre sí porque nada los empuja a ello. El habitante de dichos grupos se desplazará a la ciudad más próxima para buscar en ella el complemento a los servicios de su urbanización, pero el habitante de la ciudad, normalmente, nunca sentirá la tentación de visitar ninguna de las urbanizaciones que la rodean. La comunicación es unilateral, no recíproca; se funda una lamentable suburbización de la costa.

En un precipitado afán de explotar el auge turístico del país, las soluciones adolecen de una desoladora falta de prospectiva.

Ni la atención de los constructores y empresas urbanizadoras, acaparada por la preocupación del turismo y orientada al servicio exclusivo de unos intereses particulares, ni la iniciativa privada, en general, no tienen — ni nunca lo tendrán espontáneamente — en cuenta el carácter de temporada, más o menos periódica y más o menos prolongada, de la afluencia turística, para prever sus consecuencias sociales. Tampoco lo hacen, y esto es mucho más grave, las administraciones públicas, aturdidas por el afán de soluciones inmediatas. Nadie piensa, por ejemplo, en la crea-



ción de puestos de trabajo que, por su complementario carácter de temporada, compensen la insuficiencia de la estación turística y faciliten la estabilidad laboral y familiar, eliminando o reduciendo las considerables migraciones provocadas por la actual explotación turística. Ni tampoco en hallar justo — desde el punto de vista social y el económico — equilibrio entre los servicios disponibles en los diferentes meses; y así, necesidades regularmente atendidas en verano son totalmente olvidadas, a causa del carácter temporal y periódico de las instalaciones que las servían.

Y luego, no lo olvidemos, estamos nosotros, los que, tras la temporada turística, soportamos las consecuencias de todo este desorden: las instalaciones desiertas que hacen irreconocibles los perfiles de nuestros pueblos, desvanecen su tipismo, hacen frío, anónimo e insuficiente su acogimiento.

Hasta aquí los hechos. Si su sola observación hace patente y apremiante la necesidad de un plan general, el análisis de sus causas y repercusiones nos ha de llevar a la precisión de sus exigencias. En su realidad actual, estos hechos son el resultado de un apretado tejido de causas e influencias estructurales, sociológicas, económicas y jurídicas. Entre ellas tienen particular importancia las incidencias económicas. La tentadora rentabilidad de las inversiones en la industria turística llevó a la creación de una importante y creciente demanda de terrenos. La falta de grandes empresas y las dificultades con que tropezaron las administraciones municipales o provinciales para la constitución de los necesarios fondos de solares permitieron una excesiva fragmentación de esta de-

manda. Aparecen y proliferan los pequeños inversores que capitalizan expectativas en parcelas de 500 m² y menos. Y, en Cataluña muy especialmente, al encuentro de esta demanda corre una oferta también atomizada, de tipo familiar, de pequeñas y medianas propiedades. Tales hechos, aparte de estimular la especulación, cortan de raíz toda posibilidad de un planteamiento orgánico y coherente. El resultado — ya lo hemos visto y dicho — un abigarrado conjunto de soluciones oportunistas, de realizaciones precipitadas, de discrepantes versiones de la belleza y de la utilidad, que, en la medida en que crece, va haciendo cada vez más difícil una eficaz labor de conjunto.

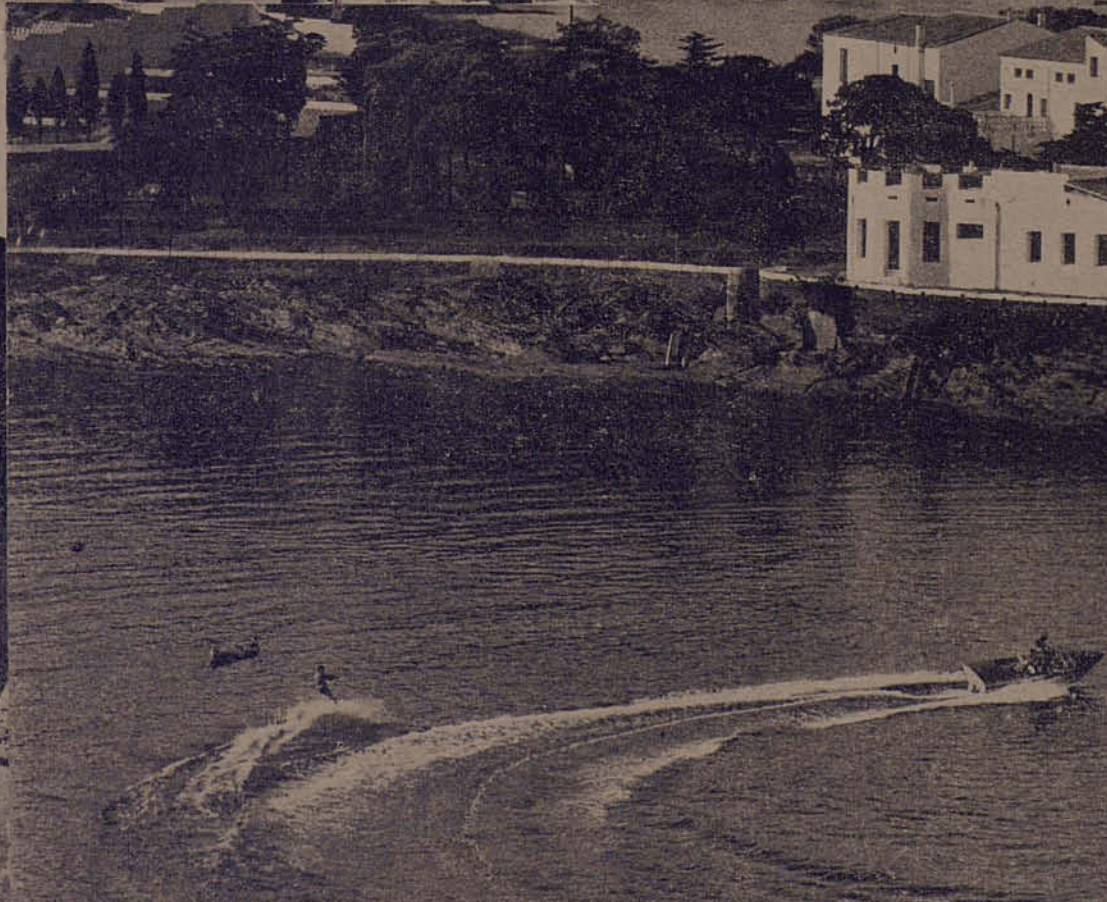
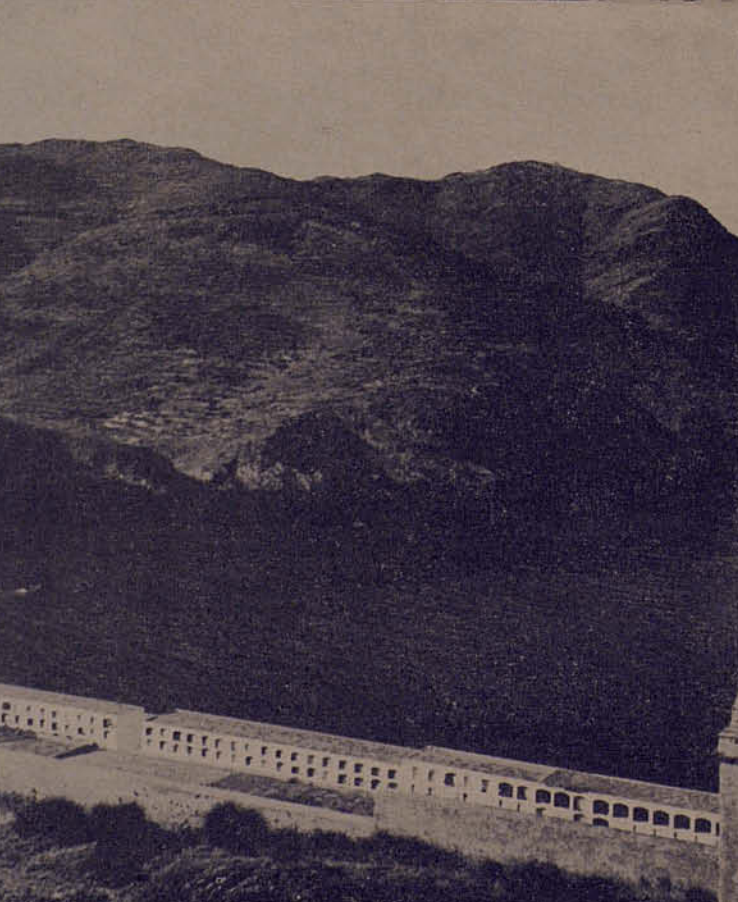
Desbordadas por los hechos, las administraciones hacen un uso tímido e inconstante de sus medios de influencia. Sometidas a las más variadas presiones y apremios, optan por soluciones más fáciles. A la autonomía efectiva de los municipios, vienen a sumarse la estructuración interna del «urbanismo» dentro de cada municipio en pequeños núcleos autónomos, cuyos proyectos o planes particulares son aprobados sin tener en cuenta el conjunto. La simple yuxtaposición de estos núcleos produce un conglomerado disperso, desigual, insuficiente en cada una de sus partes. Mucho nos tememos que la adhesión a la solución de los polígonos o complejos autónomos sea debida, más que a una miopía administrativa, a un deseo de facilidad. En todo el mundo los principios del CIAM han sido sometidos a una dura crítica y revisión; nos parece, pues, poco honrado pretender encubrir una actuación meramente pragmática bajo la profesión de unos principios y criterios urbanísticamente superados.

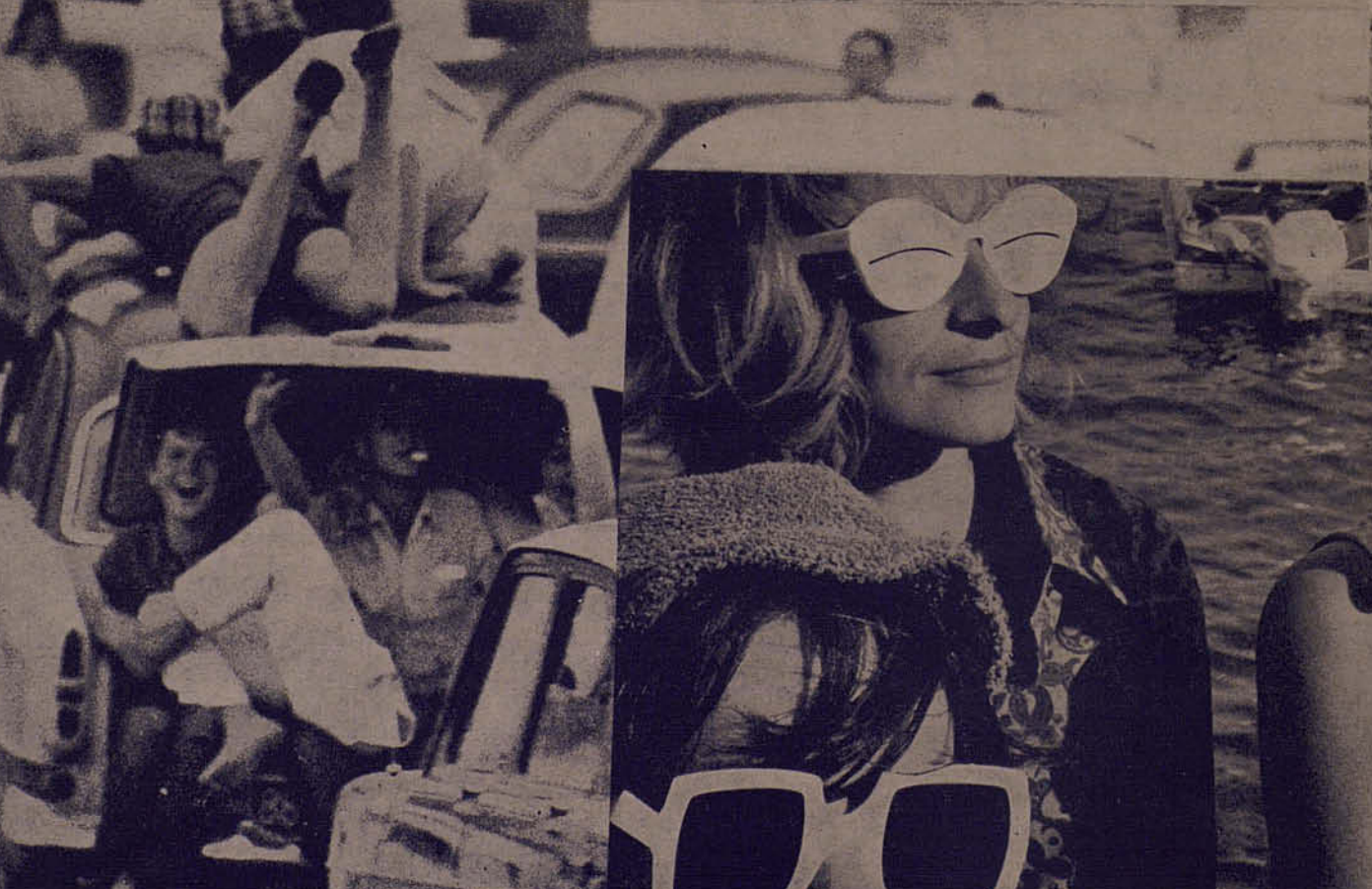
Probablemente no hace falta ser demasiado prolijos en las conclusiones. La misma forma de exponer los hechos sugiere, casi, la intención que nos anima. Esta intención es doble:

Poner de manifiesto la gravedad de la actual situación, que sin pecar de pesimistas podemos calificarla como crítica. Estamos a un paso de destruir por completo nuestras costas y su organización social y económica. Sea la anterior denuncia de hechos y situaciones un grito desesperado ante lo ya casi irremediable.

Propugnar como única solución la estructuración a nivel regional, de nuestro litoral. (Para ello hay que formar un complejo equipo de trabajo directamente vinculado con un organismo administrativo que a escala interministerial pueda dar valor ejecutivo y apoyo total a sus decisiones.) (No podemos menos de señalar aquí la sólida estructuración que supieron dar nuestros vecinos franceses al comité de planeamiento de la costa del Rosellón y del Languedoc, mucho menos dotada de interés que la nuestra.) A este plan de ordenación del litoral deberán subordinarse inexcusablemente todos los municipios, conscientes de que forman parte de un todo que lejos de disminuirles su interés particular, se lo potencia.

Este, o parecido camino, es el que sin dilación de ninguna clase debe recorrerse para corregir todos los defectos y riesgos antes apuntados y conseguir así la razonable explotación de la primera industria del país.







Vino "La Cava de Coruña"
 El final más fino y económico de la Costa
 Verde y mejor que La Espuma - Deseñado
 embudado y perfectamente - Gran variedad
 Granos por el Valle - San José
 (precio 1952)

Vino "La Bodega d'Alfonso"
 El uvidor más típico y económico de la
 zona - para degustar el mejor vino de España
 el fruto de mar más rico, fresco, sano, cubierto
 de Pineta y la bracha y la más fina charcuta
 entre otros. 23, Rue Saint José (Marina)

Vino de "Cava de Coruña"
 The most typical and economic wine in the
 area - Drink it
 here.

21



...donde
la vida tiene
otro sentido...

el lujo
sometido a estudio



MAS SOL POR
METRO CUADRADO

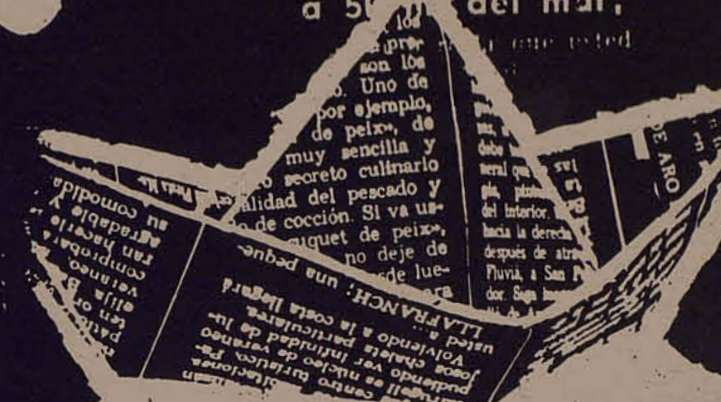
SOL
CAMBRILS

NO SIGA USTED ESPERANDO...
¡EL TIEMPO ES ORO!

URBANIZACION

SOL CAMBRILS,

a 500 metros del mar,



para que
su inversión no
"naufraque"...

ESPERE
MAS!
ES...
MAS
PERE

La Urbanización que le ofrece
su parcela ya "construida"

Visítela,



¡Algo insólito hecho realidad! Su mejor opción
a pagar en **CIEN MESES**, 10 años,
INTERESES, SIN FIADOR
¡SOLICITE LA POLIZA DE SEGURO!

UNOS ASES
QUE VALEN "MAS"

MAS TRADER



EL MEDIO SEÑOR
CUBELLAS
(BARCELONA)



NUESTRO SLOGAN ES... "MAS" NUESTRO SIGNO ES... +

"MAS TRADER"
"MAS TRADER"

UNICA MONEDA QUE
PIERDE VALOR



COTO DEL REY

EL SOL VERANEA EN ESPAÑA
Y VD.? EN **SERRA BRAVA**

en plena COSTA BRAVA



AHORA A



